

EDUARDO TORRILLA

Pequeña HISTORIA de los GRANDES PERSONAJES

que cambiaron el mundo

Ilustraciones de Quino Marín



EDUARDO TORRILLA

**Pequeña
HISTORIA
de los
GRANDES
PERSONAJES**
que cambiaron el mundo

Ilustraciones de Quino Marín

© Del texto: Eduardo Torrella Estandia, 2026
© De las ilustraciones: Joaquín Marín Márquez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición: enero, 2026

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Diseño y maquetación de interiores: María Jesús Gutiérrez
Ilustración de cubierta e interiores: Joaquín Marín Márquez (Quino Marín)

Depósito legal: B. 22.616-2025
ISBN: 978-84-670-7979-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra. (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro, o de cualquiera de sus partes, con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Impreso en España — *Printed in Spain*



ÍNDICE



La Historia es el mejor cuento de todos, 10

- 1. Hatshepsut, la reina que fue faraón, 14**
- 2. Homero, el poeta de los héroes, 20**
- 3. Sócrates, el sabio de Atenas, 32**
- 4. Alejandro Magno, el conquistador del horizonte, 39**
- 5. Julio César, dictador de Roma, 48**
- 6. Pablo de Tarso, el mensajero de la buena nueva, 57**
- 7. Mahoma, el profeta del islam, 66**
- 8. Marco Polo, el viajero de las maravillas, 74**
- 9. Juana de Arco, la doncella del cielo, 84**
- 10. Gutenberg, un inventor de leyenda, 93**
- 11. Cristóbal Colón, el navegante que descubrió América, 101**
- 12. Miguel Ángel, un artista para la eternidad, 111**
- 13. Martín Lutero, una nueva fe, 124**

- 14.** Miguel de Cervantes, autor de Don Quijote de la Mancha, **136**
- 15.** Isaac Newton, el científico de la gravedad, **147**
- 16.** Napoleón, el soldado que quiso reinar, **155**
- 17.** Goya, el genio de la pintura, **165**
- 18.** Simón Bolívar, el libertador, **174**
- 19.** Charles Darwin, un científico viajero, **182**
- 20.** Karl Marx, el padre del comunismo, **193**
- 21.** Abraham Lincoln, el buen presidente, **201**
- 22.** Einstein, el genio de la física, **211**
- 23.** Gandhi, la fuerza de la paz, **222**
- 24.** Winston Churchill, un primer ministro con corazón de león, **230**
- 25.** Clara Campoamor, la lucha por el voto femenino, **238**
- 26.** Simone Weil, una filósofa comprometida, **246**
- 27.** Hedy Lamarr, con ella llegó el escándalo... y el wifi, **254**
- 28.** Nelson Mandela, la dignidad de África, **262**

HATSHEPSUT,

la reina que
fue faraón



Sé cuánto te gustan las cosas del Antiguo Egipto, cuánto disfrutas escuchando las aventuras de los faraones. Estoy seguro de que ahora, mientras lees esta carta, tu imaginación ya está volando en busca del río Nilo. ¿Quién, a tu edad, no ha soñado alguna vez con ver las pirámides?

Es verdad que el Egipto de hoy no se parece en nada al de los faraones. Eso sería imposible. Los antiguos egipcios vivieron hace mucho tiempo. Sus dioses, sus reyes y hasta sus ciudades desaparecieron hace un montón de siglos, tantos que prefiero no calcularlos para no marearte. Sin embargo, aún quedan sus recuerdos.

¡Y qué recuerdos! Allí, sobre un desierto sin sombra, siguen en pie esas montañas de piedra que son las pirámides, construidas para servir de tumba a los poderosos faraones. Allí puedes

ver todavía los restos majestuosos de sus templos, dedicados a extraños dioses con cabeza de animal. Allí, tendida sobre la arena, está aún la estatua de la esfinge, mitad hombre, mitad león, espiando con mortal aburrimiento el desfile de los turistas.

Y las historias. Sí, allí, en Egipto, te esperan sobre todo las historias de un mundo lejano y fascinante. Son infinitas, tantas que cada noche del resto de tu vida podrías escuchar o leer una diferente.

Pero hoy solo quiero contarte una. ¿Recuerdas a Cleopatra? ¿Recuerdas lo lista e intrépida que era aquella reina de Egipto? Pues atiende: debes saber que mucho, mucho antes de Cleopatra hubo en Egipto una reina más astuta y audaz. Se llamaba Hatshepsut, tenía una energía desbordante y gobernó el país del Nilo durante veintidós años.

La vida de esta gran reina es como uno de esos cuentos que lees en la cama antes de quedarte dormido. Nació hace más de tres mil quinientos años, en Tebas, la más fabulosa ciudad del Antiguo Egipto.

La tradición de los antiguos egipcios decía que solo los hombres podían ser faraones. Pero Hatshepsut era nieta e hija de reyes. Y muy ambiciosa. Mientras su padre la preparaba para ser reina y esposa de un faraón, imaginó en secreto un sueño nunca antes soñado por ninguna mujer en el país del Nilo: imaginó que algún día llegaría a ser faraón. Y aunque ese deseo parecía rozar lo imposible, un día lo cumplió. Fue una de esas sorpresas históricas que ningún sabio habría sido capaz de adivinar.

Pero no pienses que resultó fácil. Para alcanzar la corona, Hatshepsut tuvo que ganar varios combates por el poder. El primero, y el más importante de todos, se produjo cuando falleció

su esposo, el faraón Tutmosis II, un joven enfermizo y muy perezoso que solo gobernó dos años.

Lo que sucedió entonces es algo complicado de explicar, así que lo contaré por partes...

Uno de los deberes de las reinas de Egipto era engendrar hijos varones para asegurar la sucesión. Pero, para su desgracia, Hatshepsut solo había dado a luz a una niña. Esto suponía que el siguiente soberano del país del Nilo sería el hijo que el faraón recién fallecido había tenido con una dama de la corte: un niño a quien hoy conocemos con el nombre de Tutmosis III.

Cualquier otra reina habría aceptado el destino que marcaba la tradición para estos casos. Cualquier otra reina se habría apartado del trono y habría dejado que los ministros se hicieran cargo del país hasta que el pequeño heredero tuviese la edad suficiente para ocupar el trono. Sin embargo, Hatshepsut eligió otro camino. Visitó el templo del gran dios Amón para preguntarle qué debía hacer. Y después contó al pueblo lo que el rey de los dioses de Egipto le había contestado: que ella, solo ella, era la indicada para ocuparse del gobierno mientras Tutmosis III se hacía mayor.

Fue una jugada muy inteligente, y le salió a las mil maravillas. Hatshepsut tomó las riendas del país del Nilo en solitario. Y, como veía que nadie discutía su poder, al cabo de unos años se atrevió a coronarse a sí misma faraón.

Jamás una reina se había atrevido a tanto. Jamás una esposa real había desafiado las costumbres de ese modo ni mostrado al mundo tanto valor y tanta audacia. En Egipto no era raro que una mujer fuese influyente o poderosa, o que gobernara en nombre de un niño. Pero coronarse faraón era una cosa muy distinta.





Y eso es lo que hizo Hatshepsut. Y, para que su pueblo aceptara de buena gana un cambio tan grande, mandó a los artistas que la retrataran con ropas de hombre y obligó a los sacerdotes a que la proclamaran hija predilecta del dios Amón. Y, aunque con frecuencia aparecía en compañía del pequeño Tutmosis, ella siempre era la mayor y la más importante.

«Rey de reyes», así llama la historia a los faraones de Egipto. Y sin duda, ese título describe muy bien a Hatshepsut. Bajo su mando, el país del Nilo fue más estable y más próspero que nunca. También vivió el mayor despliegue de obra pública realizado hasta entonces.

Y es que Hatshepsut llenó el país de monumentos y estatuas. Además, al día siguiente de proclamarse faraón, mandó



levantar un templo capaz de igualar la maravilla de las pirámides.

El resultado fue Deir el-Bahari, uno de los monumentos más bellos del Antiguo Egipto. Allí mandó pintar y también escribir —con jeroglíficos, claro— la película de su reinado. Allí podemos verla todavía, dibujada de perfil, con bellos y vivos colores. Allí está representada con la doble corona del Alto y del Bajo Egipto, la barba postiza y el faldón que los faraones acostumbraban a llevar en las ceremonias públicas. Allí encontramos también una frase que produce escalofríos y que nos da una idea de cómo se las gastaba Hatshepsut con quien se atrevía a desafiar su poder: «Quien la alabe vivirá, pero quien hable mal de ella e ignore su majestad, ese morirá».

Yo he visitado Deir el-Bahari una vez, e impresiona. Créeme, cuando se ha visto, no se olvida nunca. El templo está dispuesto en blancas terrazas y arropado por el círculo rocoso de una gran montaña. Uno, al llegar allí, se queda con los ojos como platos.

Aunque también es cierto que no puedes dejar de pensar en las penas y sufrimientos de los miles de obreros que, durante diez largos años y bajo un sol abrasador, participaron en su construcción. No pocos de ellos serían esclavos. Pero la mayoría eran campesinos, reclutados a la fuerza cuando el Nilo se desbordaba y las faenas del campo se interrumpían.

La verdad, ¡no puedes evitar ponerte en el lugar de esos pobres trabajadores! Por las noches, desde los campamentos donde se alojaban, mirarían con envidia los festejos de Tebas. Las antorchas de la gran capital debían de parpadear para ellos como pequeñas estrellas, inalcanzables, al otro lado del Nilo.

Hatshepsut destinó grandes riquezas a la construcción de Deir el-Bahari. Aunque no hay manera de comprobarlo, me atrevo a pensar que el día que el templo quedó terminado fue el momento más feliz de su reinado.

Sin embargo, su gran golpe de efecto fue la expedición enviada al país de Punt. Sí, ya sé, ya sé. ¿Punt? ¿Qué país es ese? ¿Y dónde está? Hoy ningún lugar del mundo responde a ese misterioso nombre, pero en tiempos de Hatshepsut sí. Todo indica que se encontraba cerca de Somalia, una región de África. Pero no lo sabemos con seguridad.

Lo que sí sabemos es que hacía más de cinco siglos de la última vez que una flota egipcia había ido allí. Y que era un lugar famoso porque en sus tierras crecía el árbol del incienso, muy apreciado en Egipto. También sabemos que estaba muy muy lejos

de Tebas. Y que, para los egipcios, llegar a Punt era como para nosotros llegar a la Luna.

Al comienzo de esta carta te decía que el Antiguo Egipto es un mundo inagotable de historias maravillosas. Pero si me preguntaras cuál es mi favorita, no elegiría las victorias de los faraones guerreros ni la proeza constructora de las pirámides, sino el viaje a Punt.

Fue una aventura extraordinaria. Hatshepsut y sus consejeros querían saber si eran ciertas las cosas maravillosas que se contaban de aquel lugar. Y, al mismo tiempo, deseaban hacer negocios con su rey. Por supuesto, la reina-faraón preparó la misión con todo detalle. Ordenó construir una flota de cinco barcos en los muelles de Tebas y puso a su mando al valiente Nehesi, el más leal e intrépido de todos sus soldados.

Los expedicionarios salieron de la capital tebana aclamados como héroes y no volvieron hasta un año después. Primero remontaron las aguas del Nilo. Después transportaron los barcos por el desierto hasta las aguas del mar Rojo. Tuvieron que hacer esto bajo un sol despiadado y un calor asfixiante. Y, por último, navegaron rumbo a lo desconocido, confiados en las palabras que Amón le había susurrado a Hatshepsut y ella mandó inscribir después en sus monumentos: «Ven, ven, hija mía, que estás en mi corazón. Yo te daré Punt. Guiaré a tus soldados por tierra y por mar hacia costas misteriosas».

¡Qué viaje! La expedición fue un éxito clamoroso. Y lo mejor de todo es que hoy podemos imaginar lo que vieron Nehesi y sus compañeros al llegar a su destino. Podemos imaginarlo porque, a su vuelta, Hatshepsut hizo pintar aquella aventura en los muros de su querido templo de Deir el-Bahari. Los dibujos están

resguardados por un hermoso pórtico de robustas columnas de piedra. Cruzar ese pórtico y seguir con la mirada los capítulos de la expedición a Punt es como ver un gran reportaje a todo color. El reportaje, claro está, termina con los exploradores regresando a Tebas cargados de prodigios: árboles de incienso, marfiles de elefantes, panteras...

Para mí, este es el momento más simpático del reinado de Hatshepsut. Ella fue un faraón que prefirió comerciar a guerrear e invadir países; una princesa y esposa real que escribió su leyenda con sus propias palabras y cambió la historia haciendo posible lo que parecía imposible. Más de treinta siglos después de su muerte, seguimos leyendo y escuchando su voz en los muros de su templo.

Y eso que su sucesor, Tutmosis III, al hacerse mayor de edad y subir al trono, quiso borrar el recuerdo de todo su reinado. Sí, ¡quiso asesinar la memoria de Hatshepsut! Con ese fin, mandó raspar su nombre y martillar su rostro en cada uno de los monumentos que su madrastra había construido a lo largo y ancho de todo Egipto.

¿Por qué hizo tal cosa? ¿Por qué atacó tan cruelmente la memoria de Hatshepsut? ¿Fue porque ella había sido un mal faraón para su pueblo? ¿Porque, al ir en contra de la tradición, había ofendido a los dioses? ¿Fue porque él era un rey al que le gustaba ir a la guerra y Hatshepsut se había mostrado partidaria de la paz? ¿Por venganza, porque lo había tratado mal cuando era niño? ¿O por orgullo, porque no podía soportar que el glorioso reinado de su predecesora le hiciese sombra? ¿O lo hizo para que, pasado el tiempo, nadie pudiera saber que una mujer había ocupado el trono de Egipto?

